SIGNOS AMERICANOS: LIBERTAD, UNIDAD

POR

BALDOMERO SANÍN CANO

No es en la historia conocida de los pueblos del Viejo Mundo la primera vez que se ve una cultura amenazada por desaparecer. Hay testimonio geológico de que el hombre neolítico en ciertos aspectos de su cultura había retrocedido en comparación con la vida de su antecesor prehistórico. Las civilizaciones de los sumerios y caldeos desaparecieron por muchos siglos antes que la curiosidad del hombre moderno hubiera tratado de escudriñar sus orígenes, su desarrollo y decadencia. La vida romana que llegó a su mayor altura de refinamiento en derecho, en técnica, en artes y poesía hacia el siglo II de la era cristiana se rindió a la pesadumbre de su misma fuerza. Las mentes privilegiadas censuraban las costumbres, pero no hubo vaticinios claros de decadencia sino cuando el mundo romano se hundía por varias razones cuyo análisis han hecho en el siglo dieciocho y en el pasado mentes desprevenidas como Gibbons y Ferrero. Entre todas estas causas materiales y del espíritu la más fácilmente determinable, la que salta a los ojos del hombre de estudio en cuanto se pone en contacto con la vida de aquellas gentes y de aquellos siglos es la desaparición de la libertad. Al hacer esta afirmación es natural que la pérdida de la libertad se explique diciendo que los césares cuya vida cuenta Suetonio y los que siguieron a los Antoninos privaron al romano de su libertad. Pero en la historia de todos los pueblos no es el tirano quien priva de la libertad a los súbditos. El ciudadano entrega su libertad voluntariamente y a poco precio o hace esfuerzos insuficientes e inútiles para recuperarla cuando la ha perdido. Se ve hoy como ayer el caso de pueblos que ofrecen u ofrendan su libertad graciosamente al pie de aventureros fotogénicos o ante las habilidades histriónicas de personajes secundarios. El grito de “vivan las cadenas” no es representativo de una situación excepcional. En épocas determinadas de su vida muchos pueblos toman esa actitud, porque en un rumbo de declinación olvidan el significado y la fuerza vivificante de la libertad.

Sería en estos días apropiado y oportuno analizar los orígenes de ese estado de espíritu en que los individuos se desinteresan de sí mismos y obran obedeciendo a una conciencia multitudinaria ante la cual pierde sus fueros la unidad del hombre. Es doloroso observar que en la mayor parte de los casos el eclipse de la libertad ocurre en los pueblos o razas o naciones llegados a un nivel supremo de cultura: Grecia, Roma, la Francia revolucionaria, la España heredera de la cultura del renacimiento y de la contra-reforma, la Rusia donde habían florecido en el siglo XIX mentes sin igual en la literatura, las

ciencias y las artes. Seguir enumerando hasta llegar a la época presente es labor inútil, porque está a la vista de todos cómo la noción de la libertad individual desaparece en pueblos herederos y continuadores de culturas tan antiguas como profundas y brillantes.

Pierde también el individuo su amor a la libertad en tiempos de gran desarrollo de las industrias y el comercio acompañado de miseria intensa en las clases operarias. El desordenado adelanto de la técnica, llegado casi por sorpresa a un mundo organizado conforme a sistemas de distribución aceptados por explotadores y explotados, a pesar de la pugna en que tales sistemas se hallan razonablemente con las nociones de equidad, suele también, como estamos viéndolo, preparar eclipses dilatados y profundos de la libertad. La miseria colectiva conduce a todos los extremos. Una corriente de progreso impedía con su vigor y estrépito, hace medio siglo, observar de cerca y apreciar el fondo de iniquidad en la distribución de los bienes creados y acrecidos por el progreso. En tal momento de la civilización europea cayeron sobre un mundo atónito las nuevas conquistas de la técnica.

Se produjo en los nuevos ensayos de producción y distribución un estado violento de desequilibrio. Las máquinas, la ciencia de la administración lanzaban a la vagancia involuntaria, con perspectivas de miseria definitiva, a muchos millones de hombres. No había sino cuatro soluciones: (a), procurar una equitativa distribución de los productos y de los medios de producción; (b), alimentar, vestir y dar alojamiento a multitudes sin trabajo; (c), emprender obras necesarias, o no, de carácter reproductivo o de mero fausto para dar ocupación a gentes hambreadas y peligrosas, y (d), dejar entregados a su propia suerte millones de hombres, alegando, según las doctrinas económicas del ochocientos, que la organización social eliminara a estas gentes por su incapacidad de hacerse útiles en una forma aceptable a sí mismas y a la comunidad. De un lado el hecho de tratarse de millones en algunos países y de otro el haberse organizado estas gentes con preciso conocimiento de sus capacidades y derechos, ha eliminado la última de estas soluciones del programa social.

En la América, en la parte latina del continente, no existe el peligro de un regreso a la barbarie, tal como se presenta en otras comarcas. Decir peligro de regreso a la barbarie, en otras comarcas, es acaso demasiada condescendencia. Ya el hecho se cierne con toda desnudez en las operaciones de la guerra y, antes de que empezaran las hostilidades, el hombre había dado muestras de su ilimitada capacidad en el ejercicio del estrago.

Razas belicosas han sido a un mismo tiempo las que han llevado el progreso a su mayor altura, las que han organizado a su amañó la vida civil y han sentado, para imponerlas en su propio beneficio o para violarlas si de ello les resulta provecho, las leyes de la moral internacional.

En América la libertad ha sido la base en la formación de las nacionalidades y está en su naturaleza vivir como pueblos libres. En la historia de estos pueblos hay memoria de épocas en que el individuo perdiera el sentimiento de su libertad; pero las naciones no lo han perdido nunca. Ninguna de ellas ha pretendido sojuzgar a las demás y se ha visto más de una vez a una nación invadir a otra no para sojuzgarla, sino para libertarla de verdaderos opresores. Ni la razón ni la ley internacional justifican estas empresas de liberación; pero se mencionan para mostrar cómo la aspiración a la libertad como entidades independientes es la primera y la más ardiente aspiración de los pueblos de este continente.

Su origen fue un anhelo de libertad. En esto se diferencian de los estados europeos que nacieron de la ambición continua y desordenada de ensancharse. Dice Mommsen, refiriéndose a la fatal disgregación del imperio romano: “El estado romano de esta época se asemeja a un árbol corpulento, alrededor de cuyo tronco en agonía, surgen poderosos impulsos análogos”. Tal es el origen de las tendencias nacionalistas en Europa: la lucha de elementos nuevos alrededor de un poder que declina y no se defiende. La pugna se desenvuelve entre los sucesores y no ha cesado nunca. Y por haber llegado algunas de estas naciones en el curso de los siglos a un grado altísimo de prosperidad, no sin haber desenvuelto formas de cultura fascinadoras, han saltado muchos de sus sabios historiadores y filósofos a la conclusión de que al estado continuo de brutal competencia y al espíritu de pugnacidad propio de esas naciones se deben su prosperidad intermitente y su cultura siempre en aumento. El sacrificio de más de una generación al impulso belicoso de aquellas naciones, y el estado de incertidumbre en lo moral, en lo social y en lo material creado por el espíritu de lucha, latente en años, manifiesto y desesperado en décadas, están probando que el origen beligerante de aquellos pueblos marcó su destino con caracteres fatales de caducidad. Ha llegado el momento en que observadores sagaces, filósofos desprevenidos y el mero analista de los sucesos diarios formulen con unanimidad su convicción de que si no cambia el régimen de vida y la organización europea, ya causa de grandes dolores y miserias, acabará, como otras antes de ella, por destruirse a sí misma. América, hemos visto, no se formó de luchas entre los sucesores de un poder en decadencia. El origen de estos pueblos fue la necesidad de ser libres. El poder que los dominaba no era todavía un organismo moribundo. Para formarse, las nuevas nacionalidades lo hirieron mortalmente. Como la vida de los pueblos no se cuenta por años, la nación dominadora de América hasta 1820 sigue desde entonces una ruta cuya reciente etapa inspira las más lóbregas incertidumbres. Las nacionalidades iberoamericanas, por su colocación en el planeta, acaso por las mezclas étnicas, tal vez por el sentido innato que les hace considerar la paz entre unas y otras como elemento de conservación, si no de progreso, han podido vivir en paz entre sí y han hecho de ese estado de vida internacional condición primordial de su existencia.

De esta conciencia de su necesidad de vivir como pueblos libres, de la feliz y casi única circunstancia de poseer un idioma común, con el cual puede el viajero recorrer de sur a norte el continente, desde California hasta el estrecho de Magallanes, en la seguridad de ser entendido, y por último, de haber tenido como amenaza unos mismos elementos extraños, ha nacido probablemente la conciencia de la unidad de estos pueblos. Podemos, pues, formular como base de la existencia moral de las naciones americanas: la libertad de sus pueblos, el sentimiento de su unidad ante sí mismas y ante los poderes de otros continentes cercanos o remotos.